



PACO LLORET JEREZ
Periodista y escritor - floretjerez@gmail.com

MESTALLA COMO TEMPLO LAICO

RESUMEN

Los estadios de fútbol también son templos de las comunidades que los levantan: templos de carácter laico. En los países de cultura futbolística, los clubes vertebran la sociedad, y el Valencia C.F. representa uno de los grandes elementos de cohesión de la sociedad valenciana. Mestalla es el estadio más antiguo de Primera División, y ha ido labrando su propia historia al paso de la misma historia reciente de España: ha pasado por la República, por la guerra civil del 36, por el franquismo, por la democracia. Mestalla ha sido y es el testigo de los triunfos del Valencia, de sus derrotas, de las alegrías y las decepciones de su afición, de los sueños y esperanzas de muchos valencianos. El estadio ha cambiado, ha crecido, se ha transformado, sin dejar de ser el mismo, sin renunciar a su labor fundamental: ser la casa del valencianismo, que también es una forma de militancia en el mundo.

PALABRAS CLAVE: Fútbol, campo de Mestalla, templo, valencianismo, club, historia.

ABSTRACT

Soccer stadiums are also temples of the communities that build them: temples of a secular nature. In countries with a soccer culture, clubs are the backbone of society, and Valencia C.F. represents one of the great elements of cohesion in Valencian society. Mestalla is the oldest stadium in the First Division, and has been building its own history along with the recent history of Spain: it has gone through the Republic, the civil war of 1936, Franco's regime, and democracy. Mestalla has been and is the witness of Valencia's triumphs, its defeats, the joys and disappointments of its fans, and the dreams and hopes of many Valencians. The stadium has changed, has grown, has been transformed, without ceasing to be the same, without giving up its fundamental task: to be the home of Valencianism, which is also a form of militancy in the world.

KEYWORDS: Soccer, Mestalla stadium, temple, valencianism, club, history.

I. MESTALLA EN EL CORAZÓN

El campo más antiguo de primera división lo ha vivido todo. La pandemia de 2020 fue un episodio más que añadir a su larga serie de experiencias. Mestalla ya había padecido con anterioridad las terribles consecuencias de algunos acontecimientos de extraordinaria gravedad, desde la Guerra Civil de 1936 a 1939 hasta la riada del 57. Ambos desastres dejaron su huella devastadora. El santuario del valencianismo lo ha resistido todo y ha salido airoso, reflejo del espíritu del club, capaz de superar la adversidad, de renacer de sus cenizas en las peores situaciones. En su larga existencia se acumulan los momentos inolvidables, los fognazos de felicidad, los reveses dolorosos. La vida en toda su expresión. Muchos tenemos nuestra propia historia íntima con Mestalla, con un inicio probablemente compartido por generaciones desde la infancia, acompañados en el rito bautismal por un padre que ya no está. Después, cada uno ha seguido un camino, con puntos comunes, repleto de vivencias hasta llenar un álbum todavía incompleto.

Testigo del paso del tiempo, desde sus entusiastas orígenes, con un club ambicioso que le asignó al campo un papel clave y fundamental en su crecimiento y expansión. Los padres fundadores también en esto fueron visionarios. Un acierto que situó pronto al Valencia FC en la élite. Su apuesta resultó certera. Mestalla adquirió prestigio y su nombre cobró fuerza, nació el 20 de mayo de 1923, con un terreno de juego de tierra pero que, dos años después, ya albergó el primer partido internacional de selecciones y, al año siguiente, con la hierba recién estrenada, la primera de las numerosas finales de Copa. Un recinto mundialista y olímpico, sede de la primera final en la historia de las competiciones continentales de clubes disputada por dos rivales del mismo país. Una efeméride poco explotada aquí e ignorada dónde siempre.

Con su señorial tribuna de influencia británica como signo distintivo a finales de los años veinte que después fue ampliada con el majestuoso proyecto del Gran Mestalla, ha acogido mítines políticos, conciertos de música y hasta final de etapa de la Vuelta Ciclista a España, pero, sobre todo, Mestalla es el espacio sentimental en el que se reúnen los incondicionales a una causa que desafía, contra viento y marea, los vaivenes de la entidad. Ni la venta imposible de sus parcelas, los planes inmobiliarios estafalarios o las reformas absurdas y forzadas del pasado le restan encanto. Mestalla siempre será el campo donde entusiasmó la delantera eléctrica, voló Eizaguirre, sentó cátedra Fernando, reinó Arias, enloqueció con Kempes, admiró a Puchades y se enamoró de Claramunt. No caben todos. Ellos son algunos de los principales exponentes de una historia de amor única e imposible de romper.

2. EL CRECIMIENTO IMPARABLE DE MESTALLA

El apogeo del campo de Mestalla llegó a principio de los años cincuenta. Se produce su gran transformación. La ambición que albergaban los rectores del Valencia estaba más que

justificada. En los despachos eran conscientes de la necesidad de apostar a lo grande por una ampliación del recinto valencianista. Bajo el nombre de “Gran Mestalla” se diseñó un proyecto que estuviera a la altura del momento aunque no se llevó a cabo en su totalidad y quedó inacabado. La década anterior representó la consolidación deportiva de la entidad. La sucesión de los éxitos competitivos situaron al Valencia en la cúspide, irrumpió un club potente y una institución respetada. La afición respondía y el crecimiento de la sociedad exigía un escenario mejor. A la hora de embarcarse en el proyecto se recurrió al despacho de los hermanos Pascual Gimeno, Salvador y Manuel, arquitectos y miembros de la directiva presidida por Luis Casanova.

La premisa fundamental del “Gran Mestalla” apuntaba como objetivo prioritario hacia un aumento considerable del aforo. A mayor capacidad, más ingresos. El fútbol se alimentaba de la venta de abonos y de entradas. La publicidad estática tenía un valor testimonial. Asimismo se pretendía ofrecer la mejor visibilidad a los espectadores desde la cercanía al terreno de juego. Mestalla siempre se ha caracterizado por ser un campo próximo al césped. El público estaba encima de los jugadores. Del antiguo recinto sólo se salvaba un elemento que quedaba como vestigio del pasado: los diez sectores de preferencia numerada que por orden correlativo iban desde el ángulo de la tribuna con el “Gol Gran”, sector 1, hasta el opuesto, sector 10, en la confluencia del “Gol Xicotet” con la tribuna en dirección norte. Aquella grada de mampostería con sus placas de cerámica de color amarillo con los números en azul para identificar los asientos se mantuvo y vio crecer a sus espaldas una enorme gradería que se distinguía por su verticalidad.

En la asamblea de socios celebrada el 7 de julio de 1950 se aprobó el plan presentado por los hermanos Pascual. El constructor encargado de la obra fue José Tormo Valero, otro miembro de la junta directiva presidida por Casanova. Las obras se iniciaron en la temporada 50-51, después del Mundial de Brasil. La primera fase afectó a la grada del Gol Gran, con un aumento notable de la capacidad en más de 10.000 localidades. Se añadieron un total de 42 filas nuevas a las 15 originales del antiguo campo, cuyos angostos vomitorios de acceso también se mantuvieron. La nueva grada gozaba de una red de escaleras internas que desembocaban en unas puertas de mayor amplitud y seguridad. El proceso se desarrolló posteriormente en el otro fondo, aunque los plazos de ejecución se retrasaron.

El reto de afrontar esta colosal obra, la más importante de la centenaria vida de Mestalla, afectó seriamente a la economía del club. Se trataba de un reto mayúsculo que hizo necesaria la emisión de una serie de obligaciones para obtener la liquidez necesaria ante la negativa de algunas entidades bancarias a conceder los préstamos solicitados. Se emitieron 70.000 cédulas hipotecarias, cuyo valor ascendía a 500 pesetas, con un interés anual del 7%, amortizable a partir del 1 de enero de 1958. Por este procedimiento se pensaba

recaudar 35 millones de pesetas, aunque la previsión inicial ascendía a 10 millones más, un total de 45 millones. Sin embargo, la cruda realidad echó por tierra estas previsiones optimistas. Tan sólo se obtuvieron 9 millones de pesetas, poco más de la cuarta parte de lo calculado, así que las entidades financiaron se vieron forzadas a quedarse el remanente no suscrito.

El presidente del club, Luis Casanova Giner, confesó, años después, que aquellos fueron momentos de desasosiego y de soledad: “la gente quería ver el campo acabado primero, y luego pagar”. El Banco Hipotecario, presidido por el valenciano José Navarro Reverter, concedió un crédito de 6 millones de pesetas y el Banco de Valencia se mostró partidario de participar en el proyecto siempre que se sumaran el resto de entidades financieras. El presidente del Real Madrid, Santiago Bernabéu, medió en el asunto y recibió en la estación ferroviaria de Atocha en la capital a la comisión integrada por el presidente valencianista, Eduardo Cubells y Manuel Pascual, a quienes acompañó para reunirse con la cúpula del Banco Hipotecario. El club madridista, pionero en el asunto, se había visto en una situación similar cuando decidió reformar Chamartín unos años antes. El Valencia se convertía en el segundo club español que se decidía a una transformación completa de su campo. El crecimiento imparable del fútbol auguraba la necesidad de ampliar los recintos de juego que, como en el caso de Mestalla, se habían quedado obsoletos.

A los socios valencianistas se les ofreció la posibilidad de adquirir pases por un período de 15 años, entre 1955 y 1969. Este abono extraordinario concluía al mismo tiempo que la entidad festejaba sus Bodas de Oro. El proyecto del “Gran Mestalla” tenía en la nueva tribuna de doble visera, la parte superior es el anfiteatro, su joya de la corona. Una grada majestuosa que proporciona una personalidad única al campo y le concede una imagen muy reconocible. No ha habido otra tribuna en España con esa armonía arquitectónica y con un impacto visual tan poderoso. Su fachada no responde al proyecto inicial, que era mucho más austera, y una de sus peculiaridades más sorprendentes la constituye la existencia de un tobogán, ubicado en la zona sur, próximo al Gol Gran.

El reconocido artista fallero Regino Mas construyó una maqueta con el proyecto inicial que se expuso a los aficionados en la Asociación de la Prensa, cuya inauguración tuvo lugar el 1 de julio de 1951. Aquel diseño, con un estilo exterior más sobrio y funcional, no fue el ejecutado finalmente aunque en su interior era muy parecido al que se llevó a cabo. Se habían incluido sendas rampas para el acceso de público por la parte posterior de la grada principal, enfrente de tribuna, coronada con una torre olímpica, en una zona próxima a la antigua estación ferroviaria de Aragón que estuvo en servicio hasta 1968. Catorce años después, con motivo del Mundial España 82, se urbanizaron los alrededores de Mestalla y se trazó la avenida del mismo nombre.

Las obras del “Gran Mestalla” tuvieron un coste de 47 millones de pesetas, de los que 21 se invirtieron en la tribuna y el anfiteatro, en cuyos extremos se construyeron unas torres para ubicar las cabinas de radio. La construcción se desarrolló por fases, sin que se interrumpiera la celebración de los encuentros a lo largo de las 5 temporadas que duraron los trabajos. El Valencia perdió pese competitivo en esa época, de manera acentuada en la segunda mitad de los años cincuenta, aunque conquistó la Copa de 1954 y perdió en la prórroga la de 1952. Se trata de un período de profundos cambios en la concepción del fútbol como espectáculo de masas. Algunos de los grandes referentes tradicionales, como Pasieguito y Puchades, pierden presencia. La llegada de Wilkes supone un hito. La afición asiste extasiado a las exhibiciones malabaristas del neerlandés. Nace la leyenda de que gracias a su llegada se pudo pagar la tribuna. Después llegarán los brasileños: Walter, Joel, Machado. Se organizan cada vez más amistosos con equipos extranjeros, la primera globalización coincide con el estreno de la luz eléctrica en las Fallas de 1959 después de curar las heridas que dejó la riada de octubre del 57.

3. MESTALLA CUMPLE 100 AÑOS

El campo de Mestalla cumplirá 100 años el próximo 20 de mayo. No existe otro recinto futbolístico más longevo en primera división. En el fútbol profesional sólo le supera el Molinón de Gijón. Inaugurado en la primavera de 1923 con un partido amistoso entre el Valencia y el Levante FC- no confundir con el Levante UD- que se saldó con una victoria por la mínima de los locales gracias al solitario gol de Arturo Montesinos “Montes”, el gran artillero valencianista de aquella época.

El Valencia, que se había fundado cuatro años antes, se trasladó del cercano Algirós a esta nueva casa porque entendía que el fútbol, un fenómeno en clara expansión, precisaba de campos en las mejores condiciones posibles para captar a los miles de aficionados que se entusiasman cada vez más con este deporte. Sin duda, se trata de un acierto clave porque la entidad creció y recibió un espaldarazo para entrar por derecho propio en el selecto grupo de clubes que habían nacido mucho antes y acumulaban ya una solera de la que carecía el club valencianista y que hubo de ganarse gracias a proyectos tan ambiciosos como este.

La vida de Mestalla es larga e intensa. Desde su inauguración fue creciendo y mejorando sin pausa, incorporó el césped al terreno de juego, albergó partidos de enorme relevancia, desde finales de Copa, tres en diez años, desde 1926 hasta 1936, y un España-Italia en 1925, con visita real incluida. La tribuna inaugurada en 1927 fue otro momento clave en el crecimiento del campo y le proporcionó una distinción superior.

La Guerra Civil dejó su huella. Mestalla quedó en unas pésimas condiciones y hubo de iniciarse una reconstrucción con la ayuda de los militares vencedores en la contienda. La dura posguerra coincidió con una época de esplendor deportivo: los primeros títulos y el

despegue de la entidad. Un equipo legendario que empezaba por Eizaguirre y acababa con Gorostiza, la célebre delantera eléctrica y, al final de los años cuarenta, la legendaria pareja Pasieguito-Puchades. Nuevos tiempos, nuevos retos.

El Gran Mestalla nace por la necesidad, en los años cincuenta, de mirar hacia el futuro. El espectáculo reclama más aforo y mayor comodidad. Aquella ambiciosa operación capitaneada por Luis Casanova que, años después dio nombre al campo, asfixió deportivamente a la entidad pese a la capacidad de convocatoria ejercida por el gran Faas Wilkes con sus malabarismos. La riada de octubre de 1957 fue otro golpe bajo, difícil de encajar, que paró la actividad durante meses, justo cuando las obras de acabado de la ampliación habían concluido. Después llegó la luz, en 1959, nació el Naranja y el Valencia entró en Europa. La vocación nocturna tan arraigada entre la afición generó una costumbre singular.

El campo se modernizó a finales de los 70 con la vista puesta en el Mundial 82. Un adelantamiento de plazos suicida. Jaque mate. Las deudas generadas por las obras y las promesas incumplidas para el pago por las entidades oficiales abocaron al Valencia a una crisis durísima de la que costó salir. Mestalla había sido cuestionado en algunas ocasiones, incluso el presidente Ros Casares había planteado en los primeros a mitad de los años setenta un traslado a los actuales terrenos de Paterna con el propósito de levantar un ambicioso complejo deportivo. Pero aquella idea se diluyó. Mestalla se quedó en su emplazamiento, cambió de siglo tras una cuestionable operación de estética que alteró su graderío y que derivó en un interminable conflicto judicial.

Así hasta nuestros días. Ya no existe la general de pie, ni el reloj del Gol Gran, tampoco el marcador simultáneo Dardo o aquel coqueto marcador ubicado en el ángulo del Gol Xicotet con la grada de las banderas. El fútbol, el Valencia y la sociedad han evolucionado, Mestalla también, pero ahí sigue en su sitio de siempre tras haber albergado el Centenario de la entidad para recordarnos su historia que forma parte de nuestras vidas.